

El Huésped Silencioso de nuestra alma

por [Paula Andrea Mora](#)



San Agustín, uno de los grandes padres de la Iglesia llamaba así al Espíritu Santo, aludiendo, de esta manera, a las palabras de San Pablo en su primera carta a los Corintios, cuando nos exhorta a recordar que somos Templos del Espíritu de Dios (1Co. 6, 19).

Pero, ¿cómo reconocer la acción y la voz de ese Huésped, en medio del ruido que nos viene de fuera (mundo) y del propio?

Por el Bautismo, en el que recibimos por primera vez el “toque” del Espíritu Santo, nos convertimos en hijos de Dios y miembros de la Iglesia y, sin embargo, en muchas ocasiones, ese Espíritu permanece desconocido, incluso por nosotros mismos.

Cuando recitamos el Credo decimos que creemos en el Espíritu Santo, que procede del Padre y el Hijo, evidenciando que creemos en Dios como una Común-Unidad de tres Personas; misterio y acontecimiento de amor: “existe el Hijo que habla con el Padre. Y ambos son uno en el Espíritu, que es, por decirlo así, la atmósfera del dar y del amar que hace de ellos un único Dios. [1]” Si somos Templos del Espíritu Santo, somos, por tanto, Templos del Amor, amor que es verdad, manifestado en donación y que sobrepasa las emociones y los sentimientos.

Sin el Espíritu Santo no se puede comprender a Jesús [2]. “Nuestra capacidad de entendimiento es limitada; por eso la misión del Espíritu consiste en introducir a la iglesia siempre de nuevo, de generación en generación, en la grandeza de los misterios de Dios. [3]” El Espíritu, que habita en nosotros, nos posibilita para comprender, de a pocos, el Misterio de Dios y, según sea nuestra apertura y docilidad a su actuar, fortalece e incrementa nuestra capacidad de relación con Dios y con los demás. Decía Santa Teresa que “el Espíritu Santo, como fuerte huracán, hace adelantar más en una hora la navicilla de nuestra alma hacia la santidad, que lo que nosotros habíamos conseguido en meses y años remando solo con nuestras fuerzas.”

Desde la Antigua Alianza Dios colmó a hombres y mujeres con el Espíritu Santo para que hablaran al pueblo en favor de Dios [4] (...y que habló por los profetas) [5], anunciando la venida del Mesías. Esta obra se concretiza, de manera especial en María, quien siempre estuvo dispuesta a Dios, entregándose de tal manera, que, gracias a su Fiat perpetuo, fue posible la Encarnación del Verbo, y al ser cubierta por la sombra del Espíritu, se convirtió en la Madre de Dios, Madre de la Iglesia y Madre de todos los cristianos. Si queremos dejar al Espíritu hacer su obra en nosotros, debemos mirar a María y pedirle a Ella que nos enseñe a escuchar su voz.

Antes de volver al Padre, Jesús hace una promesa a sus apóstoles. Dice que enviará al Paráclito (parakletos = defensor, intercesor), quien lo aclarará todo (Jn. 16, 13-14). No es difícil imaginar la perplejidad en los rostros de los discípulos, pues no entendían esas palabras ni lo referente al sacrificio de Jesús. El libro de los Hechos de los Apóstoles enfatiza el gran temor que tenía presos a los apóstoles. A la tristeza, primeramente, por el aparente fracaso de Jesús en la cruz, se le sumaba la alegría y gozo de la Resurrección, la cual no terminaban de comprender, y la angustia por verse perseguidos... un cúmulo de emociones muy difíciles de ignorar y manejar. En sus mentes, muy seguramente, todo era confusión.

Tras la cincuentena de la Pascua, el día de Pentecostés, cuando los israelitas celebraban el pacto de la alianza con Dios en el Sinaí, se da el acontecimiento del que Jesús había hablado: llega el Espíritu Santo a transformarlo todo, a ordenar el caos, a iluminar las tinieblas, a ahuyentar los miedos, los temores y las dudas en quienes los recibieron y, de paso, inaugura la Iglesia (Hch. 2, 1ss).

La vida del creyente no es fácil. En muchísimas ocasiones experimentamos situaciones en las que la oscuridad, el desaliento, la soledad y la tristeza inundan nuestros corazones y mentes, tal como les sucedía a los apóstoles. Sin embargo, el Huésped silencioso de nuestra alma, está esperándonos, en lo profundo del corazón, ansioso por ser “escuchado”, para repetir en nosotros los milagros de Pentecostés, inundando nuestras almas con sus dones, carismas y frutos (C.E.C 290-291, 310-311, Gal. 5, 22-23).

El Espíritu Santo, además, nos mueve e impulsa a vivir como Iglesia, de la cual, Él es el alma, según la Tradición, y el corazón, según Santo Tomás. Mencionado con antelación, gracias al Bautismo somos miembros de la Iglesia,

y es, precisamente, el Espíritu Santo, quien suscita en nosotros la necesidad de incorporarnos en ella, haciendo vida nuestro compromiso e identidad cristianos.

Es el Espíritu quien re-crea y renueva cada vez más a la Iglesia y la mantiene en la Verdad. Hace florecer nuevas expresiones, proyectos, movimientos, espiritualidades, vivificándola y fortaleciéndola. Por esto, se equivocan quienes creen que solo algunas de las múltiples comunidades y apostolados aprobados por la Iglesia son consecuencia del obrar del Espíritu Santo, cuando toda la Iglesia, en conjunto, a pesar de las falencias y debilidades de sus miembros, está acompañada, movida y dirigida por Él.

Por último, cabe mencionar que, como cristianos, estamos llamados a exaltar la obra del Espíritu Santo, no solo durante la fiesta de Pentecostés. Podemos llamarlo, invocarlo, pedir su auxilio tantas veces sea necesario, para permitirle trazar en nosotros, la obra de su amor.

Adentrémonos al interior de nuestro ser, encontrémonos con el Dulce Huésped que nos acompaña y dejémonos elevar por Él, constantemente hacia Dios.

¡Ven, Espíritu Santo!

[1] Benedicto XVI, Vigilia de Pentecostés, 2006

[2] YouCat 114

[3] Benedicto XVI, 07.05.2005

[4] YouCat 116

[5] Credo Niceno-Constantinopolitano.